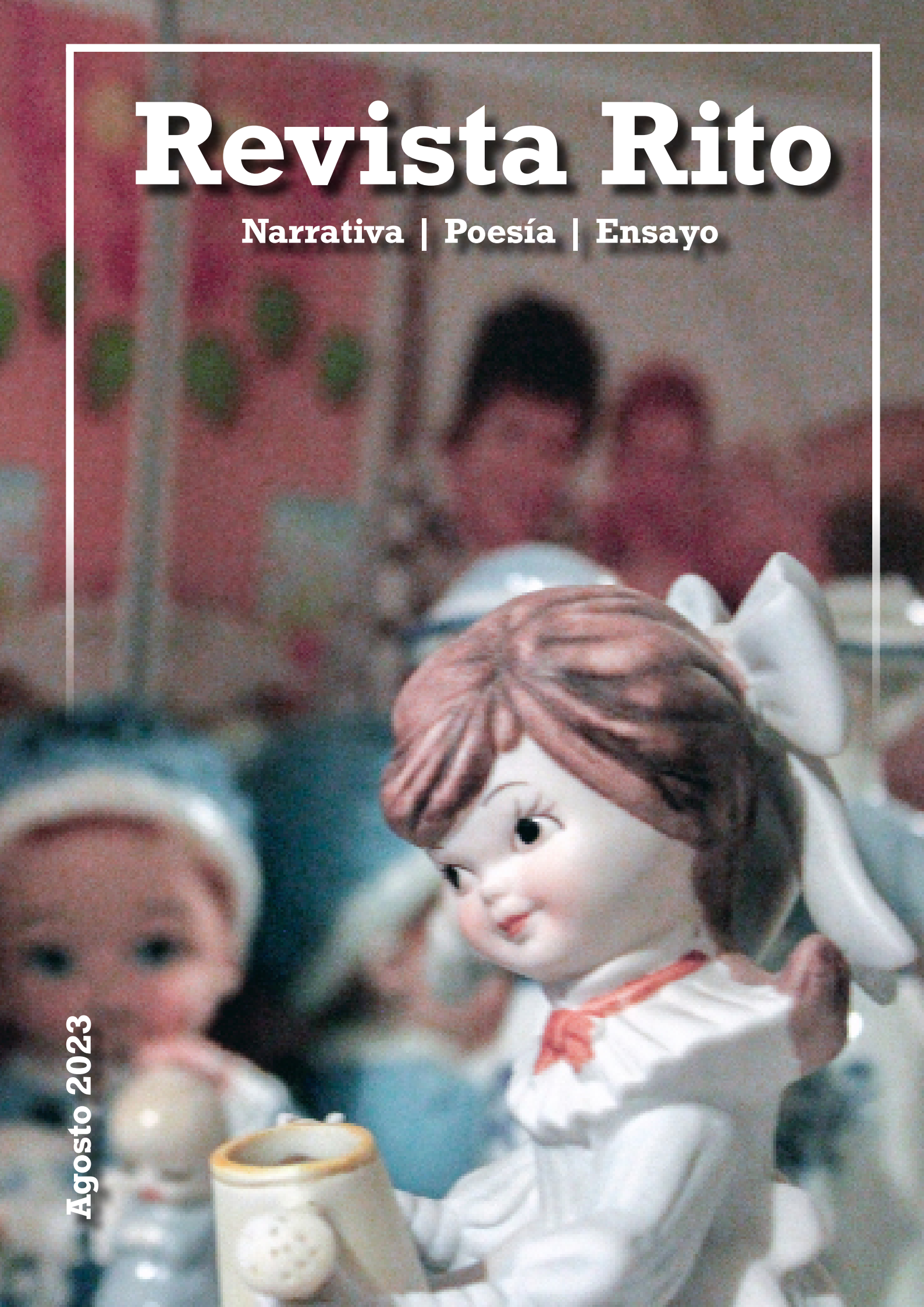


Revista Rito

Narrativa | Poesía | Ensayo

Agosto 2023





Contenido

Los juglares: del arte a la censura en la Europa medieval	7
La Casa Rivas Mercado	10
Sin olvido	11
Hamaca	14
Malas memorias	17
Exilio.....	18
Lámparas de soldar	19
El pistolero	22
Walkman	26
Mañanita	28
Memoria de nube.....	33
Es memoria.....	36
Nexos simbólicos entre sujeto y objeto	37
1964	42
Fragilidad y olvido, notas sobre la preservación de la memoria.....	44
La perpetuidad de las palabras.....	50

En este número:

Ailton Téllez Campos
 Oswaldo Hernández
 Silvina Maiuli
 Jorge Rolando Acevedo
 Khatia García
 Alejandro Jacobsen
 Miguel Ángel Acquesta
 Edith Velázquez Vargas
 Jonathan León
 Yessika María Rengifo Castillo
 Dorian Huitrón Álvarez
 Daniela Perlín Vega
 Armando Vera Pizaña
 Andrea Gómez
 Alkyoni Bouchalaki
 Damián Damián

¿Te gustaría formar parte de este equipo? Envíanos un mensaje a revistarito@gmail.com y cuéntanos de ti.

Fotografía en portada:
Andrea Vergara

Las historias de hazañas, guerras y conquistas de los diferentes pueblos alrededor del mundo necesitan ser contadas y transmitidas casi como una necesidad biológica e inmanente al lenguaje mismo. La tradición oral, en este sentido, cumple con este papel primordial y ha logrado que, desde la narración verbal, no sólo se pueda contar un acontecimiento acaecido en el pasado, sino que cada uno de los hechos sea parte de la identidad cultural y, por lo tanto, una forma de reivindicación que, de no ser por ciertos personajes, caería en el inevitable olvido.

Dicho esto, cada pueblo, en diferentes contextos históricos, ha tenido una figura que funge como recitador o pregonero, tal es el caso de los rapsodas y los aedos en la antigua Grecia o los juglares en la Europa de la Edad Media. De estos últimos hablaremos a continuación.

Los juglares desempeñaron un papel muy importante en la Edad Media porque se erigen dentro del imaginario colectivo como personas diestras en la recitación pública: recorrían las plazas de los pueblos, donde demostraban todas sus dotes líricas y poéticas (Meneéndez, 1957). Sin duda, las historias y obras cantadas se empezaban a difundir por todas las regiones de la Europa medieval, alimentando así la imaginación e intriga de las personas que siempre acudían a escucharlos. Precisamente, ellos dependían de la acogida que les brindaban en las plazas, pues eran una especie de artistas nómadas que viajaban de pueblo en pueblo entreteniendo al público. Los juglares eran músicos ambulantes que no sólo tocaban instrumentos y cantaban, sino que además realizaban todo tipo de actividades para divertir (chistes, magia, acrobacias). Eran de clase baja y no eran compositores, ya que se dedicaban a copiar y plagiar las canciones de los trovadores (Menezes y Carvalho, 2017).

Los juglares: del arte a la censura en la Europa medieval

Por Jonathan León

Podemos afirmar que los juglares no eran compositores, más bien eran intérpretes, pero no se puede desmerecer el papel que desempeñaron dentro de la cultura popular del Medioevo porque eran especialistas en diferentes actividades y estaban prestos al servicio de la comunidad. Asimismo, muchos de estos personajes vivían de las limosnas que les iban entregando las personas después de sus espectáculos, algo que los trovadores consideraban una deshonra, pues estaban recitando sus composiciones poéticas (Sáiz, 2009). Esto puede entenderse como un primer antecedente del disgusto de la nobleza en contra de los juglares que, posteriormente, se va a intensificar hasta llegar a la censura.

Gracias a textos como manuscritos de carácter devocional, salterios o libros literarios e históricos como las novelas y las crónicas se forma el concepto de lo juglar, pero desde una visión subjetiva, pues la escritura en este tiempo estaba reservada netamente para la nobleza y eran ellos mismos los que podían leer. Así, la imagen de los juglares llega desde un punto de vista crítico hacia sus actividades sin considerar el valor cultural de sus interpretaciones (Pietrini, 2012). Si tomamos en cuenta que la iglesia siempre jugó un papel importante en la toma de decisiones de la sociedad medieval, las actividades juglarescas como jugar con monos o títeres, lanzar cuchillos y espadas, fingir locura, reír o llorar sin pausa, realizar movimientos que van en contra de la moralidad mientras se desvisten (Alvar, 1981), aunadas al dinero recaudado en apuestas, vino y mujeres, serían motivo de señalamientos por considerarlas obras de Satanás, por lo que también se les empezó a dar persecución a los juglares para castigarlos según la ley eclesiástica, denominándoles “Las cornamusas del diablo”.

En igual medida, a estos personajes se les prohibió el acceso a la escritura, argumentando que dicho proceso tiende a su superación como actores para transformarse en una figura diferente y nueva, la del trovador: poeta, intelectual, operador de la cultura, pero que ya no es más actor y, por ende, aparece la figura del “actor” pagano, que iba en contra de la liturgia, es por ello que a estos actos se los denomina “teatro profano”, a diferencia del teatro religioso que no tenía el tono

burlón o juglaresco que se le daba a muchos de los pasajes bíblicos (Dubatti, 2008). Estas prohibiciones o censuras no sólo limitaban los actos de los juglares en las plazas de los pueblos, sino que creaban un miedo colectivo por asistir a ver cualquier representación porque la prohibición se extendió por toda Europa en el S. XIII y la figura del trovador prevalece por ser parte de la nobleza y por ser diestros en el arte de la escritura y la lectura, como se he mencionado antes.

En líneas generales, la figura del juglar que tenemos en la actualidad es la que el clero nos presenta, mas no la de la cultura popular; recordemos que la gran mayoría de personas en el Medioevo no podía leer ni escribir, por consiguiente las narraciones dependían netamente de la tradición oral. No obstante, algunas obras literarias nos permiten rescatar algunos aspectos de lo juglaresco, como el cariño que se ganaron de todos los pueblos por presentarse en las plazas para que las clases no privilegiadas pudieran conocer y apreciar las diferentes manifestaciones artísticas, tanto poéticas como teatrales o circenses, las cuales en la mayoría de los casos estaban destinadas a la nobleza, al clero o al rey. De igual forma, desde el punto de vista literario, lo denominado como juglaresco se relaciona con la aliteración de lo poético y lírico, así como de las artes circenses, dejando de lado la censura que a la que ha sido sometido desde una visión histórica.

Referencias bibliográficas

- Alvar, C. (1981). Poesía de trovadores, Trouvère, Minnesinger (De principios del siglo XII a finales del siglo XIII. Alianza Editorial. https://campus.fahce.unlp.edu.ar/file.php?file=%2F950%-2FBIBLIOGRAFIA%2FAlvar._Trovadores_Autores_e_interpretes_La_poesia_de_los_trovadores_.pdf
- Dubatti, J. (2008). Historia del actor. De la escena clásica a la presente. Ediciones Colihue.
- Menéndez, P. (1957) Poesía juglaresca y orígenes de las literaturas románicas. (6ª ed.). Biblioteca Gonzalo de Berceo, Instituto de Estudios Políticos.
- Menezes, A. y Carvalho, M. (2017). Literatura Espanhola 1. São Cristóvão SE. https://cesad.ufs.br/ORBI/public/uploadCatalogo/16162426042018Literatura_Espanhola_I._Aula_01.pdf
- Pietrini, S. (2012). Los juglares, cornamusas del diablo: las repercusiones iconográficas de la condena de los entretenedores. *Medievalia* 1(15), 295-316. <https://www.raco.cat/index.php/Medievalia/article/view/268695/356282>
- Sáiz Ripoll, A. (2009). “Palabras y música” Juglares, trovadores, lengua y cultura en la Edad Media (ejemplos de novela histórica juvenil a través de sus textos”. *Revista Cálamo*, 1(54), 20-36. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/7371751.pdf>

La Casa Rivas Mercado

Por Edith Velázquez Vargas

La tristeza colgada en la pared
en los pasillos su silencio grita,
su dolor se escucha
y su soledad le habita.
Sus paredes son pedazos del ayer
componen su belleza
dibujada en llanto
y la sentía sin poder tocarla.
Ella hablaba de una vida muerta
de desdicha hecha historia
en la admiración eterna de un artista.
Un amor del arte y que arde
de los que duelen y les aplauden,
de los que fueron y nunca mueren.
En cada rincón su color
con un pincel maquillaba sus heridas
incompleta escondía su sonrisa,
le arrancaron la vida
Y su memoria sigue viva.

Sin olvido

Por Miguel Ángel Acquesta

No es que yo pierda todos los recuerdos,
es que recuerdo lo que a nadie le importa.
El mundo iluminado. Ángeles Mastretta. 1998
Buenos Aires, otoño de 2018

Era un tiempo difícil para Manuel. Hacía ya algunos años había dejado la actividad académica o tal vez la actividad académica lo había dejado a él. Con bastante tiempo libre, por primera vez en su vida, retomó un viejo amor: escribir. Llegó a publicar dos libros de cuentos, los que tal como era de esperar, no tuvieron impacto alguno en el mundo literario. Hay ya demasiados libros y poca gente para leerlos. Desde varios meses atrás intentaba escribir una novela, cuya acción situó en un periodo de oro para él, los setenta.

En ese proyecto se le personificó algo que ya lo venía acompañando desde hacía algunos años y que prefería ignorar. Cada día le costaba más encontrarse con los recuerdos y también con las cosas. Olvidaba desde cómo se llamaba el bar donde se reunían casi todas las tardes en aquella época o el nombre de algunos de los amigos que serían los personajes de la novela, hasta dónde había dejado el dispenser para el jabón líquido o las llaves de la cochera. Las cosas aparecían en lugares inesperados. Un paquete de galletitas en el cajón de los cubiertos. Un libro en el cesto de la ropa sucia. Los nombres se evaporaban de su cerebro en el mismo instante en que los iba a poner en palabras. Sabía de quién se trataba, incluso podía visualizar el rostro, pero no había forma de poder pronunciar su nombre o apellido. La técnica de Freud de la asociación libre para recordar nombres olvidados, que alguna vez usó, ya no le era útil.

Se iba hundiendo en una incierta nebulosa que de a poco lo cubría. Prefería pensar que perdía las cosas porque ya no veía tan bien como antes y además su cuerpo no respondía a las necesidades de la búsqueda de los objetos que, en su maldad intrínseca, se empeñaban en esconderse. Que al no tener que preparar las clases, como había hecho casi toda la vida, había dejado de entrenar su mente y ese era el resultado. Bastaría con ir a resolver crucigramas a los bares como hacían otras personas de su edad para superar la situación. En momentos de lucidez agradecía estar jubilado y no tener justamente que preparar clases, ¿cómo haría para desarrollarlas si ya no recordaba el nombre de casi ningún autor? Estar desbarrancando, cada vez a mayor velocidad, en dirección a un universo de desconocidos y olvidados le provocaba demasiada angustia como para prolongar esos momentos de lucidez.

Hacía semanas estaba tratando de escribir un capítulo de la novela. Luchando minuto a minuto para poder sacarle sucesos y nombres a la memoria endeble o tal vez tan poderosa que se los quería quedar todos para sí. Peleaba, palabra por palabra, para rellenar lagunas cada día más extensas. El capítulo se basaba en un hecho real. Un atardecer de primavera todos los personajes se reunieron en la estación Martínez del Ferrocarril Mitre. Subieron esperanzados en el último vagón del tren que iba hacia Retiro. Ellos querían llegar al Hipódromo de Palermo, cercano a la estación, que gracias a Google recordó se llama Lisandro de la Torre. Iban a jugar un caballo en fija. El hijo del remisero cuyo nombre no recordaba, el Chino, Pachi, uno de los yeseros del que tampoco podía recordar el nombre y algún olvidado más, sostenían que no podía perder. En realidad, medio Martínez lo tenía en fija.

El vareador de los Giovanetti, un jockey fracasado, que no había llegado a salir de la categoría de aprendiz, pero que por ser muy buena persona y leal, era el vareador oficial de los hermanos Giovanetti, no podía parar de decirle a todos que ese sábado él iba a correr uno que no podía perder. Era feliz. ¡Iba a cruzar primero el disco haciendo postura en el Hipódromo de Palermo! Ganaría por fin una carrera

oficial. Reía feliz por el barrio luciendo su raleada dentadura. Todos lo querían y todos iban a hacer fuerza por él. No era necesario tal apoyo, el caballo andaba tan bien que Juan Giovanetti les había pedido a los propietarios, justo los Martínez de Hoz, que se lo dejaran correr a él, a modo de premio. Y don Alfredo había aceptado. Pero Manuel estaba trabado totalmente en la escritura, ya que el vareador oficial de los Giovanetti, el flaquito de pelo castaño lacio, el que siempre sonreía, con el que se cruzaba a cada rato en el bar por las calles del barrio o en el Hipódromo...

Sí, el personaje del cuento era...Nomeacuerdo. Días y semanas enteras dándole vueltas al asunto y no había forma de rescatar ese nombre de la nada para seguir adelante con el relato. Google, el salvador de los desmemoriados, no era de ayuda en esta ocasión, el hecho había sucedido entre 1972 y 1974 y ni en la página del Hipódromo de Palermo había registro de carreras comunes de esa época. Y allí estaba, frente a la computadora, trabado, peleando contra las faltas, mientras se perdían cosas, recuerdos y personas. Luchando para no perderse él mismo junto al vareador, las llaves, el hijo del remisero y el nombre de ese político.

El caballo efectivamente ganó, vino siempre sobre la carrera y, a poco de entrar al derecho, tomó a media cancha y pasó de largo. Llegó al disco tres cuerpos antes, con el vareador Nomeacuerdo mirando hacia las tribunas, con su sonrisa desdentada y el corazón que le explotaba de alegría. Flotaba la chaquetilla rosa con mangas negras del Stud Comalal. Toda la barra de Martínez festejaba gritando y abrazándose en la Tribuna Popular. Los Giovanetti lo iban a buscar a la redonda para la foto. Alfredo Martínez de Hoz no estaba en el hipódromo. Y el caballo, que después ganó cinco carreras, se llamaba Sin Olvido.

*Como no podía ser de otra manera, según investigaciones posteriores el jockey Nomeacuerdo se llamaba Barrera.

Hamaca

Por Alejandro Jacobsen

Lucía; me acuerdo de Lucía. Me acuerdo que apoyó su hombro contra la pared, que sintió la aspereza del cemento y que no pudo evitar comenzar a caer, a deslizarse, a desmoronarse, con el hombro siempre pegado a la pared. Hasta que sus rodillas quedaron afirmadas contra el piso y su cuerpo hizo cada vez más presión contra esa pared. Me acuerdo que por la ventana sólo se veía una hamaca vacía yendo y viniendo bajo el silencio de una plaza. Eso era todo lo que quedaba en la noche. Me acuerdo que, cerca de las cinco de la tarde, Lucía había entrado a su casa, había dejado las llaves sobre la mesa del corredor y se había metido en su habitación. La noche sin sus padres en la casa era un hueco de luz por el que quería caer. Invitaría amigos. Muchos. Y la sonrisa en su rostro era el reflejo de la alegría de dios.

Al rato ya eran más de siete en el comedor; o tal vez diez. Había amigos, compañeros, extraños y sin rostro. Sobre la mesa, las botellas. En la cocina el ruido de vasos y copas. La música enajenaba el lugar. Unos golpes de tambor se multiplicaban en un eco en espiral que rebotaba contra los espejos y volvía a empezar. Me acuerdo que Lucía no podía parar de sonreír. Ella y dios en una sonrisa. Me acuerdo que, de pronto, se sintió cansada. Tal vez fuera el alcohol que había tomado desde temprano. Entró al baño. Una amiga estaba adentro y, cuando sintió la puerta, la chica apuró el gesto, apretó los labios y metió algo en el bolsillo del pantalón. Lucía la vio. No sospechó, pero vio los ojos grandes de su amiga mostrando un secreto. Le preguntó. Su amiga siguió mostrando el secreto en el silencio.

Me acuerdo que Lucía dudó. Que se mojó la cara y que el momento se puso incómodo. Que se arregló el pelo y que, por el espejo, vio que su amiga le mostraba la palma de su mano, donde apenas sobresalía una pequeña pastilla, diminuta, infinita, de colores muy vivos. El mundo fue ciego por un instante y solo hubo lugar para que apenas se percibiera el tenue zumbido de la hamaca de la plaza que iba y venía, sin nadie sobre la madera que hacía de asiento. Me acuerdo que apenas Lucía salió del baño la música la mareó. Me acuerdo que el comedor ya mostraba a más de quince personas, seguramente más, y que se pasaban botellas unas a otras, con vasos que iban de boca en boca, con risas que se cruzaban, con gritos de una simulada euforia que se empotraba contra las paredes de la casa.

Me acuerdo que Lucía buscaba y a veces encontraba su sonrisa y que no encontraba ya la de dios. Cruzó unas palabras con alguien, creo que no llegó a reconocer bien con quién. Se sirvió algo en un vaso, tomó un par de sorbos y se dejó caer en un sillón. Con la vista recorrió todo el lugar, aunque no pudo mirar. Me acuerdo que ella trató de ver las paredes, los cuadros, la lámpara de pie, el portarretratos en la cómoda que mostraba un paseo familiar en la plaza, las sillas, las voces y las sombras. Me acuerdo de los parlantes impulsando la música, la mesa, el mantel, las botellas y el ruido. Me acuerdo que Lucía se olvidó dónde había puesto el vaso. Que tanteó unas botellas vacías y que había unas manchas en el mantel.

Me acuerdo que Lucía dejó todo atrás y regresó al baño. Ahora sola. Otra vez se mojó la cara, se miró firme a sus propios ojos contra el espejo y tanteó en el bolsillo para saber si tenía algo. Solo sintió el frío de la madera que hacía de asiento en la vieja hamaca sola y volvió al comedor. Había muchas personas, más de veinte, tal vez cien. La música se mezclaba con los gritos, algunos vasos se habían caído al suelo, las botellas vacías estaban regadas por los pisos. Restos de vidrios amenazaban desde el suelo. Me acuerdo que Lucía ya no podía distinguir desde dónde llegaban las voces que la llamaban sin parar, que la aturdían. Que desconfió de su suerte, que giró en varias direcciones y que dio un par de pasos hacia atrás. Desde la ventana, la hamaca no se detenía. Iba y venía vacía y ausente. Sin dios. Me acuerdo que Lucía sintió algo áspero contra su hombro. Era la pared. Y cerró sus ojos, había mucho ruido en el lugar.

Malas memorias

Por Khatia García

En casa tenemos un frasco para las malas memorias. Mamá deposita los moretones de los días y papá los errores de los años.

Las malas memorias se juntan, pero no se acaban y el frasco no es lo suficientemente grande para guardarlas todas, así que mi hermana y yo lo vaciamos cuando vemos que están a punto de derramarse; las enterramos en las macetas, cuyas plantas aún no están marchitas, lavamos el frasco y lo regresamos a su sitio.

Un día mamá y papá discutieron, sacaron las malas memorias del frasco y de las macetas, se las aventaron uno al otro hasta que ambos se cansaron. Parecían sangrar.

Después de eso, decidieron que las malas memorias irían en frascos separados, en casas separadas. Mi hermana y yo nos hicimos cargo del frasco que nos correspondía. Con el tiempo ellos dejaron de utilizarlo, por lo que los recipientes se heredaron y nos tocó a nosotras hallarles un uso.



Exilio

Por Jorge Rolando Acevedo

Desde la ventana de un casucho viejo,
abierta en verano, cerrada en invierno.
Miguel Ramos Carrión

¡Una sombra profunda y alargada!
Una calle, un sendero, un porqué.
A través de la ventana
una tristeza vaga sin importancia.

En el vidrio: una reja, un ruego;
en los ojos, el alma; en el árbol, la soledad.
¡Perder la memoria, mutilar el recuerdo!
(Angustia pasional de no arder como el fuego).

Un pájaro reposa en la rama más lejana:
una palabra peregrina,
otra palabra tempestad.

Cada domingo, una melancolía.
Cada sábado, una nostalgia.
Cada minuto, un exilio.

Lámparas de soldar

Por Silvina Maiuli

Sé qué es una lámpara de soldar. Sé que mi abuelo era plomero. Sé todo lo que pude saber sobre él hasta que estuve por cumplir quince. No fue tanto. Pasó mucho tiempo. Me caía bien. Tenía algo en los ojos, algo con su bigote que lo hacía parecer un buen hombre. Lo era. Sé que fue a la guerra, a una guerra. Sé que nunca estuvo en el frente, se hizo amigo de un médico, se hizo su ayudante. Sabía si alguien tenía fiebre tomándole el pulso. Sabía dar inyecciones. Sabía cómo se amputaba una pierna, aunque le hubiese gustado no saberlo.

Tenía las manos ásperas, a veces. Le echaba la culpa al trabajo, sin quejarse. Nunca se quejaba del trabajo. Tener trabajo, el que fuere, era algo bueno. Tener una huerta en la terraza, una casa levantada con sus manos, también. Los tomates de la huerta, incluso, eran algo bueno. La ensalada con orégano y el tuco con albahaca. Mojar el pan en el tuco. El pan en el vino con soda. Sé que frotarse azúcar y aceite de oliva en las manos las deja suaves. Él me mostró una tarde en la cocina de mi casa, vino a arreglar los caños del lavadero. Me dijo que no le gaste todo el aceite a mi mamá y que, si ensuciaba, lo tenía que limpiar. Sé que era hombre y sabía limpiar, cocinar, hacer la cama. Los demás no sabían. Sé que extrañaba su país y hablaba mitad y mitad. Sé palabras en dialecto calabrés. No me acuerdo de muchas. No tengo idea de cómo se escriben.

Sé que vino hasta acá en barco, buscando algo, esperando que todo fuera mejor. Tardó ochenta y ocho días en llegar. Sé que el mar le daba náuseas, que llegó con doce kilos menos y ya era mucho decir para alguien que venía de la guerra. Sé que tenía hijos altos, más que él. Tres varones y otro que no vivió. Sé que le hubiera gustado tener una nena también. Sé que vino primero y solo, sé que mi papá nació allá mientras él se mareaba en el barco. Sé que tardó casi un año en conocerlo, que esperó a mi abuela y a mi papá en el puerto, que cuando lo vio por primera vez ya caminaba. Sé que salía a trabajar antes que el sol y que los días de lluvia el barro se le metía en la casa. Sé que hacía más de veinte cuadras con botas de goma y un bolso pesado lleno de herramientas para llegar a la parada del colectivo. Sé que todo lo que hacía, lo hacía por el futuro. Sé que nunca llevó a sus hijos al trabajo ni les enseñó más de lo necesario para poder arreglar una canilla rota en sus casas. Estudiar y no ser plomero también era algo bueno.

Sé que se parecía a mi papá. En la cara, en la forma de fumar, de pararse y de levantar una sola ceja por vez; también en la falta de pelo en la parte de arriba de la cabeza. Sé que él sabía que fumar no era bueno. Sé que tenía cardiólogo y remedios en la mesita de luz y en los bolsillos. Íbamos en tren al parque. Llevaba una pelota debajo del brazo, pero no podía correr. Sé que quería tener cuerpo de veinte y cabeza de setenta. Sé que nació cerca de un acantilado, en un pueblo de roca frente al mar, un pueblo viejo que se está por morir desde hace años. Es un pueblo sin hijos ni nietos. Regalan las casas vacías para que alguien vaya y se quede. Quizá alguna sea la suya. Nunca fui. Sé que él nunca pudo volver o quiso dejar los recuerdos como estaban, allá lejos y mejores. Vi en un álbum las fotos del pueblo, de las calles de piedra angostas, de mi abuelo sin color, sin bigotes, sin canas; las fotos cubiertas con papel celofán. Quizá era otro tipo de papel. Translúcido, amarillento, crujiente. Papel manteca. Papel de seda.

Sé que se puede volver de la escuela en un Fitito celeste sin caño de escape. O en un Citroën 13v con olor a nuevo. Y que, además, se puede comer galletitas en el asiento de atrás. Sé que los domingos lavaba el auto en la vereda, aunque no estuviese sucio. Sé que tomaba cinco cafés por día. En taza chica. Sé que igual podía dormir toda la noche sin desvelarse.

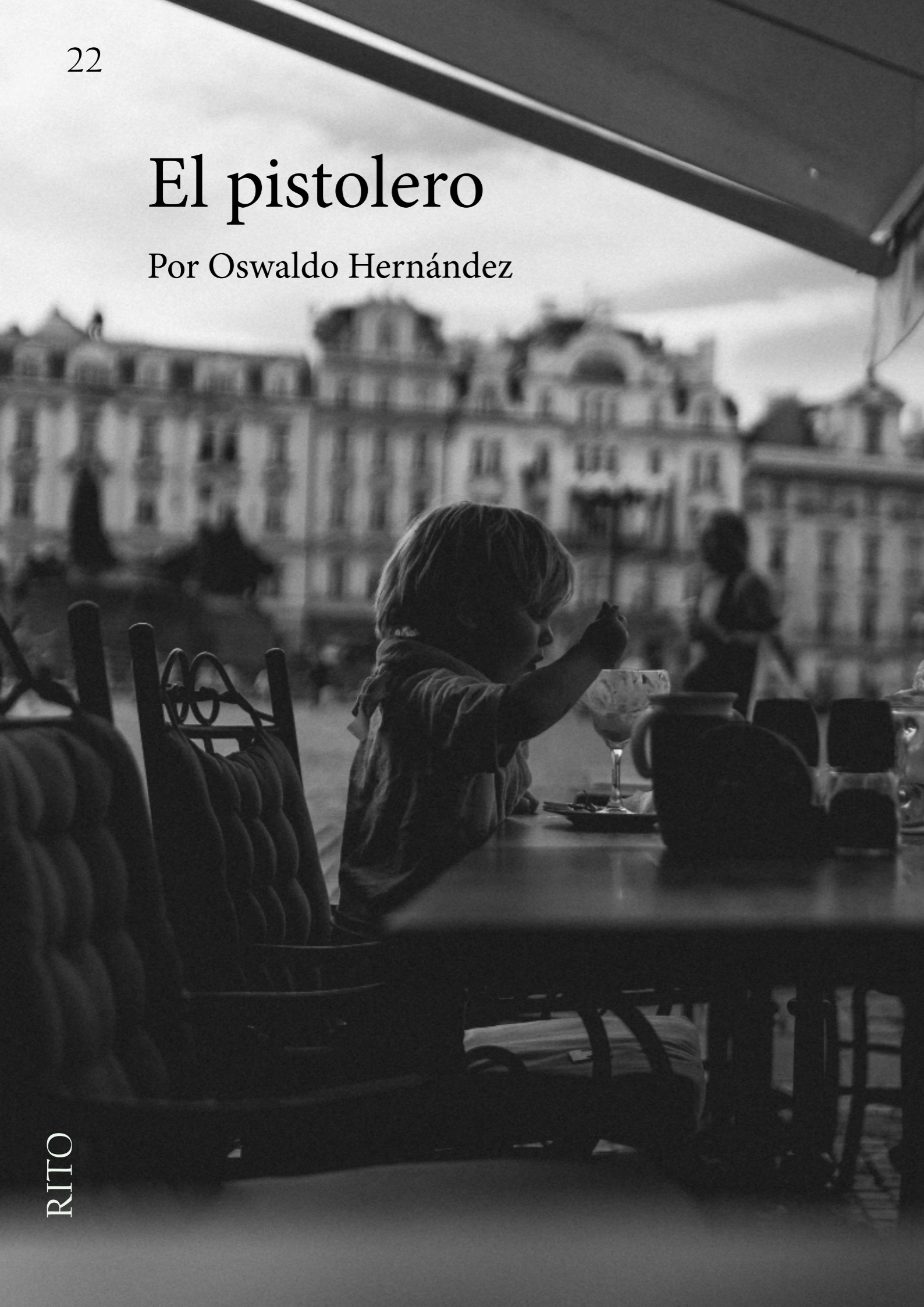
Sé que a veces cuanto más lejos se tiene a alguien, más se escucha su voz. Más vuelven sus ojos, sus manos. Sus palabras que no están. Sé que me dejaba ganar en la Casita robada y que me hacía creer que yo era su favorita. Sé que cada una de mis primas también creía lo mismo. Sé que mi papá lo extrañaba. Ahora sé que yo también lo extraño. Sé que el tiempo de un abuelo no alcanza. Sé por qué mi papá recorría tiendas de antigüedades los fines de semana para conseguir lámparas de soldar viejas y oxidadas. Sé por qué las restauraba, las dejaba brillantes y las acomodaba en una estantería. Hasta que se quedaba sin estantes y hacía lugar en otra parte de la casa para traer otra estantería y más lámparas. También sé por qué mi mamá no se quejaba de eso.

Sé cómo se cargan las lámparas con aceite, cómo se limpian si se chorrean, cómo se ajustan y se encienden. Sé que mi papá tenía que encenderlas, al menos una vez cada una, para comprobar que funcionaran; aunque nunca iba a darle uso a ninguna. Decía que cuando él ya no estuviera y quisiéramos venderlas, iban a tener más valor si funcionaban. Sé que lo que quería era ver la llama anaranjada y sentir el olor del aceite quemado cada vez. Sé que, además de soldar cañerías, tubos y canillas, esa llama sirve para iluminar recovecos oscuros. Mi abuelo me lo dijo cuando metió la cabeza en el bajo mesada ese día en el lavadero. Sé que esos momentos luminosos hay que guardarlos por si todo se apaga; para arrimar las manos y sentir el calor de la luz.

Sé que una mañana de enero mi mamá me despertó demasiado temprano. Llamaron por teléfono. El abuelo se había ido. Hacía mucho calor.

El pistolero

Por Oswaldo Hernández



Para mi tío "Pollo"

Mi pistolero tomaba mis piernas como cabalgata hacia su pequeña aventura cuando conducía aún el Volkswagen Brasilia. Eran tiempos hermosos. Sus diminutos dedos se rosaban con mis manos al ponerlas al volante, dábamos la vuelta y después sonreía y aplaudía. Hacía esos sonidos con los que los bebés están acostumbrados a hablar y tú tratas de darles un significado que no existe.

El apodo se me ocurrió porque así crecimos todos en mi casa. Siempre relacionamos cosas que se parecen a las personas y dejamos que el tiempo las añeje para que después sean conocidas así por el barrio. El pequeño pistolero es hijo de mi sobrino, el brillo de la casa y también del vecindario. Él y su mujer viven conmigo y mi señora. Si les parece extraño que le tenga tanto cariño, es que bueno, son niños. María Luisa y yo nunca tuvimos. Fue como si su útero estuviera lleno de arcilla inservible, pues nunca pudimos concebir. Yo le dije que era castigo de Dios por cómo ella trataba a veces a sus empleados, a la gente cercana, a su familia y demás, y siempre me tachó de testarudo.

La vida nos trató bien a María Luisa y a mí, y aunque siempre quisimos hijos, a la larga entendimos que no se podría y que llegaba a ser culpa de ambos. Nuestra familia fue grande siempre, vimos niñas y niños venir e ir. Los abrazamos, cambiamos pañales, jugamos con ellos y demás, pero desde que Perico, mi sobrino, empezó a trabajar con nosotros y nos dio la noticia de que su mujer estaba embarazada, fuimos los más felices del mundo. Un hijo nacido bajo mi techo fue como si naciera del vientre de María Luisa. Fuimos los primeros en comprarle todo lo que iba necesitando.

El negocio marchaba excelente y eso nos dio la oportunidad de apoyarlos. Nuestros empleados conducen camiones urbanos rojos. De ahí que no tuviera la preocupación de seguirlo manejando, porque fui chófer durante mucho tiempo de lo mío. El trabajo fluía como agua, no había que buscar comida por donde fuese. María Luisa servía los platos, acomodaba la mesa, y tanto ella como Perico, su mujer y yo, disfrutábamos de un buen platillo. A Perico yo le di trabajo; desde niño quiso mostrar el colmillo afilado que tenía por trabajar. Salió de su casa con quince y se vino pa'cá. Vaya pleito que me eché con mi hermano, su padre, por dejarlo trabajar y vivir enteramente conmigo.

El tiempo no se cansó de caminar, y auestas de que las cosas van bien, uno no visualiza cuándo saldrán mal. Es como si la delgada línea del horizonte te llegara en un segundo a los ojos y cuando parpadeas estás frente a ella, todo pavoroso porque queda aún un paso que dar. El negocio siguió igual, pero los pleitos con María Luisa aumentaron. Mi salud empezó a cobrar factura de todo y no hubo más que contratar otros choferes, confianza que puse enteramente en Perico.

Dios me trató bien, pero la vida siempre deja el sabor de que algo te puede quedar a deber. Esa arcilla inservible que pareciera que María Luisa tenía en las entrañas pasó toda a mi cuerpo, hasta parecía como si fuera brujería, en específico a mis pulmones ennegrecidos por el cigarro. El doctor hablaba de un "sin marcha atrás". Bien dicen que uno no sabe para quién trabaja.

Ya entrados los meses me fue más difícil respirar e incluso estar de pie. María Luisa tenía muchas desatenciones conmigo, tuve que pedirle a la mujer de Perico que siquiera me pasara el pato para orinar, con toda la vergüenza del mundo. Ella fue mi enfermera esos días negros; yo la quería mucho, la apreciaba como si fuera mi nuera y a mi pistolero como si fuera mi hijo. Dudé mucho de la actitud de María Luisa esos días, inclusive, me perdone Dios, deseé nunca haberme casado con ella. Sólo mientras le di techo, comida y le serví, después se terminaba el amor.

Parecía que venían mejores días. La mujer de Perico estaba embarazada del segundo varoncito de la casa y mi pequeño pistolero cumplía un año de edad. Fue una fiesta con pocos invitados, pero con mucha familia. Mis hermanos que no veía hace tiempo, gente de Guadalajara y demás personas que siempre tuvieron mi aprecio; un pastel y otras cosas que se ponen en las fiestas de niños.

Mi cáncer estaba más grave, pero estaba feliz de verlos a todos reunidos. Mi hermosa nuera se me acercó con el pistolero y me lo puso en el regazo para una foto. No pude evitar volver a acordarme de cuando lo sacaba a pasear en el Brasilia a dar la vuelta al centro y él se emocionaba por ir manejando el volante conmigo. La foto, dijo María Luisa, la pondría en la sala pero ya no alcancé a verlo. Mi cuerpo se hizo débil como quien soporta la carga de la vida como el peso más grande del mundo y volvió a la tierra de donde salimos todos, por allá en diciembre.

Walkman

Por Ailton Téllez Campos



El olor rancio de las frituras y el rechinar de los botones nos envolvía mientras jugábamos una ronda de Mortal Kombat. Una vez que terminamos de jugar, mi amigo agarró de entre la basura acumulada en el fondo de su mochila, un Walkman que había adquirido de segunda mano en un bazar; a la carcasa azul le faltaba viveza, sin embargo, seguía funcionando. Para comprobarlo, del clóset de mis padres tomé a escondidas una caja de madera donde el viejo conservaba recuerdos de su juventud, entre ellos, unos cuantos casetes.

Cuando aprendimos a usarlo correctamente, esperábamos cada quien su turno para utilizarlo, mientras uno veía al otro mover la cabeza con los audífonos puestos. Al percatarse de que el cielo estaba oscuro, mi amigo volvió a guardar el Walkman en su mochila y chocamos los puños sabiendo que al otro día en la preparatoria seguiríamos haciendo lo mismo durante los recesos. Así fue por un par de semanas, hasta que una tarde se le olvidó que lo había dejado en mi casa.

El acné desapareció. Cursando la universidad nos seguíamos reuniendo en mi casa para platicar, pero cierta distancia nos hacía ver cada vez más como dos extraños entablando una conversación por primera vez.

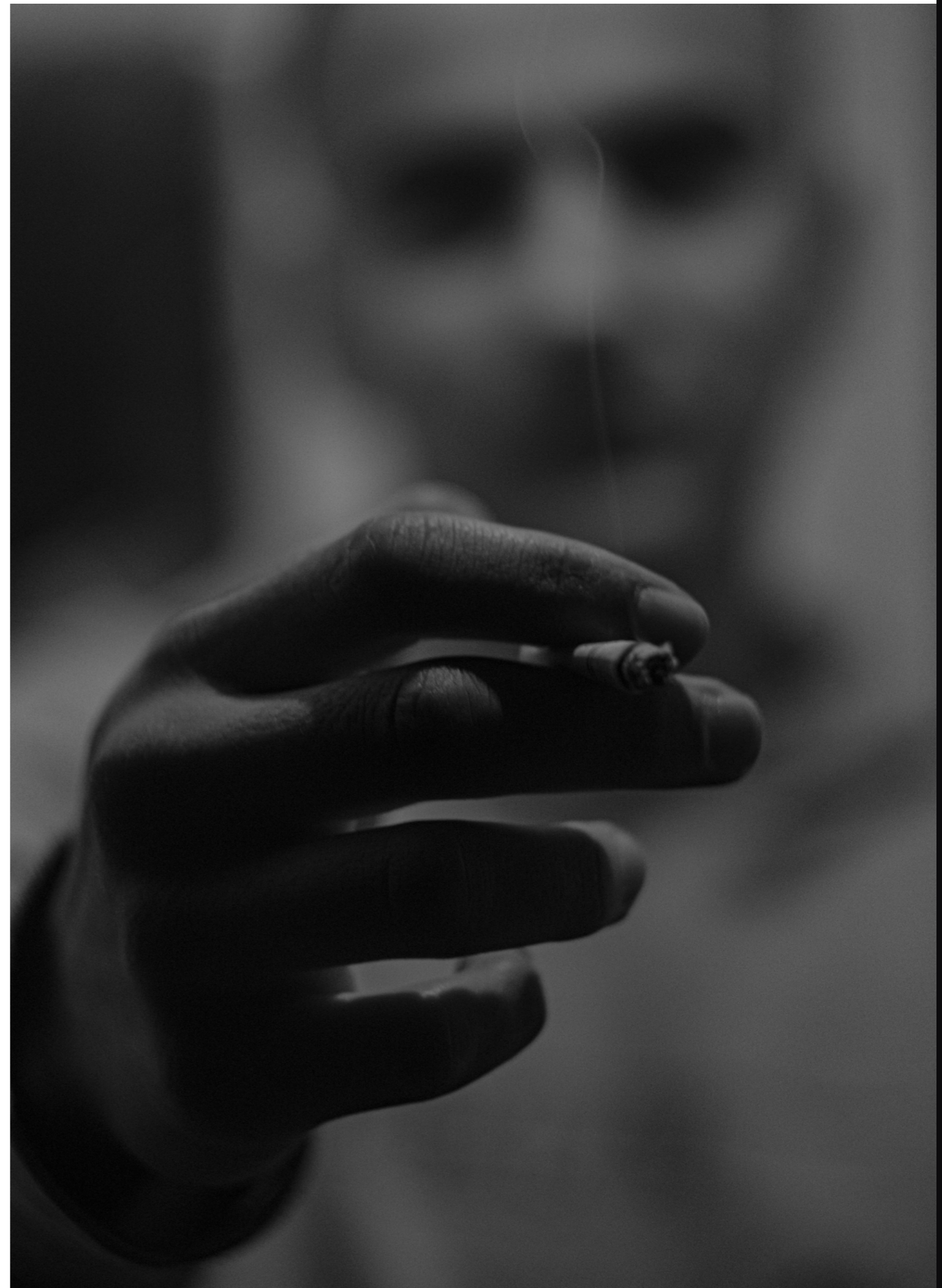
Años más tarde, me asombra que, al día de hoy, la carcasa siga manteniéndose intacta, exceptuando una que otra rayadura. Desafortunadamente, el mecanismo no soportó la batalla contra el tiempo.

Mañanita

Por Daniela Perlín Vega

Mandó a hacer una réplica en miniatura de él en la tienda de juguetes que se encontraba frente a su casa. El muñeco de tela le fue entregado a Lucía en cuanto estuvo terminado, y éste le cubrió apenas la palma de su mano. La dejó encantada. La fabricante había incluido ciertos detalles que también suelen servir para identificar a personas reales, detalles que la juguetera pudo observar en las fotos del álbum que la pequeña niña le había prestado como guía. Lucy encontró una media sonrisa parecida a la que se mostraba en las imágenes, el cabello hecho con estambre del color café exacto, ni más claro ni más oscuro, y un diminuto traje gris en imitación al original que él solía usar para ir al trabajo.

Se aseguró de sostener bien el álbum y con la otra mano estrujó a aquel padre de juguete, a cuyo modelo no podía recordar a pesar de sus esfuerzos. Lo conocía sólo a partir de las pláticas de su madre y de los abuelos, además de las fotos tomadas cuando Lucía todavía cabía en una cuna de no tantos centímetros. La niña cruzó la calle hacia su casa acompañada por el primer objeto que compraba ella misma, sin ayuda de su madre, en sus ocho años de vida. Había reunido dinero gracias a lo que su abuela le daba en monedas cada fin de semana, ahorro que comenzó evitando la tentación de los chocolates desde que descubrió una figura coleccionable en la habitación de uno de sus primos.



—¿Quién es él? —había dicho Lucía, señalando a la persona de plástico sobre la repisa.

—Charles Chaplin —contestó su primo.

—¿De qué caricatura es? —preguntó ella, sonriendo ante el gracioso sombrerito.

—Era un hombre famoso, vivió hace mucho tiempo. Está disfrazado de su personaje, Charlot —le contestó.

—Entonces, ¿era una persona de verdad, Cha-plin? —dijo la niña.

La respuesta afirmativa de su primo le dio la idea a Lucy, pues hasta ese momento ella había creído que sólo se fabricaban muñecos basados en personajes animados y no en gente real. Al principio, le pidió a la juguetera una copia de plástico de su padre, pero la mujer de la tienda le indicó que con el dinero que llevaba sólo le alcanzaba para uno de trapo. Aquello no la desanimó. No le importaba el material, siempre y cuando se pareciera al joven de las fotos, aquel que la había cargado hasta conseguir que cerrara los ojos cantándole “Las mañanitas” para arrullarla porque “era la única canción más o menos infantil que tu papá se sabía”, según le fue contado a Lucy por su madre.

Llevaba a su diminuto padre para todos lados, resguardado en las bolsas de sus pantalones, vestidos y chamarras. Algunas veces lo mantenía dentro de su puño: en los días alegres como cuando la llevaban al cine o también en los ratos tristes, por ejemplo, si había tenido demasiadas taches en sus exámenes o si perdía en los juegos con su hermana Estela. Acomodándose para dormir, Lucy colocaba al muñequito sobre su almohada cerca de su oído y se ponía a imaginar que éste le traía la voz de su papá, su canción de cuna, al igual que las caracolas evocan el lejano sonido del mar. Así, la niña sentía como si su cumpleaños se repitiera más seguido que el de los demás, siendo cumpli-noches, la palabra que Lucía se había inventado.

Una mañana, muy temprano, antes de su hora habitual para levantarse de la cama, la pequeña se despertó debido a que cuchicheaban en la sala. Tomó su muñeco y pegó la oreja a la puerta de su habitación. Aunque por lo regular todos los susurros se escuchan igual, la niña creyó distinguir una tercera voz además de la de su madre y la de su hermana mayor. Entreabrió despacio la puerta para asegurarse, cerrándola casi de inmediato, asustada. Miró en su mano para comprobar que la persona de tela seguía ahí y, en efecto, su muñequito continuaba inmóvil. El diminuto papá no había crecido hasta tamaño adulto ni cambiado la media sonrisa de hilo por ese aspecto serio que mostraba aquel hombre sentado en uno de los sillones de la casa.

Aspirando todo el valor que pudieron recargar sus pequeños pulmones, la niña salió de la habitación con el muñeco guardado dentro del bolsillo de su camión. En la sala, aquellas tres personas voltearon a mirarla. A pesar de ello, Lucy no se detuvo hasta estar frente a frente del señor con ropa gris. Lo observó cuidadosamente, dándose cuenta de las diferencias entre el joven de las fotos y el hombre de ahí, hallando arrugas en su cara, menos cabello sobre su cabeza, un saco gastado. Sin duda, su muñeco era una copia más fiel a su padre que aquel tipo de carne y hueso. La hermana mayor, con el ceño fruncido y los brazos cruzados, interrumpió de pronto los pensamientos de la pequeña con una voz normal, dejándose ya de cuchicheos.

—¿No tienes nada qué decirle a Lucía? —interrogó Estela.

—Debiste esperar, Rodrigo, ¿por qué justo hoy? —agregó la madre.

—Si me hubieras dado el álbum desde el principio, esto no habría pasado —dijo el padre a la exesposa, tratando de evadir los grandes ojos de Lucía—. Necesito las fotos. Mi hija Susy quiere saber cómo me veía antes de que ella naciera y nunca sé qué hacer cuando se encapricha con algo. Es todo por lo que vine.

Estela se levantó bruscamente del sillón sin decir nada y se encerró en su cuarto, mientras que la madre fue a buscar dentro del ropero donde guardaban las cosas propias del pasado. Lucía por su parte, dejó de escudriñar a aquel extraño y, cansada de sus piernas, decidió sentarse en el lugar donde había estado antes su hermana. El hombre permaneció en silencio hasta que le fueron dadas las fotos, entonces salió de la casa rápidamente. Luego de haber dado algunos pasos en la calle, la niña fue a alcanzarlo.

—Está bien que se te haya olvidado felicitarme. Estela se enojó contigo por eso... hoy es mi cumpleaños, pero está bien. Yo tampoco te podía recordar, nueve años es mucho tiempo —le dijo Lucía y con una media sonrisa se despidió del alto, arrugado y enmudecido señor.

Pasados los años, siendo Lucy una joven, cada que sus grandes ojos llegaban a encontrarse con los del muñeco que descansaba ya para siempre en la repisa de su habitación, pensaba en aquel cumpleaños y en la figura coleccionable de Charles Chaplin disfrazado de Charlot en el cuarto de su primo. Llegó a la conclusión de que quizá su muñeco de tela también representaba un personaje y que al igual que pasa con el resto de los juguetes, llámense de colección o no, éste se hallaría siempre en una especie de ambigüedad entre lo real y lo ficticio.

Memoria de nube

Por Dorian Huitrón Álvarez

Desde hace ya varios días, un pequeño mensaje en mi celular no deja de acosarme: “Tu teléfono no cuenta con respaldo. Renueva el espacio en tu nube para no perder tus recuerdos”. La idea del mensaje me parece, cuando menos, digno de un relato best seller de ciencia ficción: “Crónicas de los hacedores de recuerdos” o “El sindicato de los recuerdos perdidos” son sólo algunos de los títulos que vienen a mi mente al asociar las palabras con la idea de que la memoria hoy en día se ha vuelto también un objeto de consumo.

Preocupado y curioso, como supongo que a muchos les ha pasado, ingreso a ver mis opciones. No me han condicionado a nada, pero hay mucho que perder en la amenaza lanzada por un teléfono móvil. Sin siquiera levantar mi dedo de la pantalla, los precios me parecen risibles, pero no tanto como la idea de que nuestros recuerdos están, primero, condicionados al crédito y, segundo, endosados por no decir secuestrados.

¿El despojo de nuestra memoria es una estrategia de marketing o una carga de la que parecemos felices de renunciar? Mientras lo medito, reviso en mi celular y en mi nube una manera de economizar el espacio náufrago de mi memoria.

Revivo viejos videos y fotografías de conciertos a los que ya ni siquiera recuerdo haber asistido o no logro identificar: el cuadro difuso por la oscuridad, la distancia, un zoom ansioso y un pulso débil víctima del cansancio y los arrejuntos de otras manos inquietas como la mía terminan por crear imágenes apenas perceptibles, pero con un increíble entusiasmo por el ruido (no puedo distinguir nada más que gritos). Al igual que muchos que graban en conciertos, me he vuelto un camarógrafo del fallo, un espectador de la imagen difuminada que terminamos por reconocer gracias a los flashbacks efímeros de nuestro disco duro biológico: “¡Ah! Ya me acordé”, “Sí, fue cuando cantó esa”, “¿Te acuerdas que estábamos muy adelante?”. Al igual que con las fotografías de ovnis o fantasmas, mis videos y fotografías de conciertos son las pruebas fehacientes de que algo parecido a una mancha de luz es una señal de vida.

Vuelvo a poner mi dedo sobre la pantalla, ese frío contacto que me regresa al acto contemporáneo de recordar. Entre memes guardados y capturas de pantalla, encuentro fotos de fiestas familiares que me recuerdan cuántos kilos puedo llegar a acumular con el pasar de los años. Me resulta nostálgico que incluso mi familia esté al borde del olvido condicionado por el capricho capitalista de mi celular. Ahora veo con algo de recelo el álbum familiar que no requiere de actualizaciones cada cierto tiempo para albergar sin problema las fotografías de mi infancia.

Con todo y su discreto diseño, el álbum familiar cumple el papel de la versión análoga de la nube o de los mismos muros de las redes sociales. Incluso cuenta con una idea de armonía basada en recortes circulares para aprovechar los espacios de la hoja, cualidad equiparable a la manera en que retocamos nuestras imágenes antes de presumir una nueva foto de perfil. No es que el álbum familiar del anaquel esté exento del olvido, pero al menos es una remembranza táctil y concreta de lo que fuimos y que regularmente viene acompañada de un relato comunal de las diferentes perspectivas familiares. No faltará el tío que desde su nublada focalización apenas recuerda el inicio de la velada, o el testimonio de la mamá como narradora omnisciente que cuenta,

con lujo de detalle, cómo nos sentíamos todos en todo momento. Quizá el álbum con su frágil existencia sea un mejor remedio para albergar las escenas infraordinarias, aquellas alejadas de la pose, el filtro o la admiración y que muestran el estado natural de quienes fuimos y somos. No hay una intención de agrandar, sino solamente de ayudar a nuestra memoria a recordar esos pequeños resquicios encriptados dentro de nosotros.

Hoy en día es más común depender de las redes sociales para albergar estos recuerdos, pero cuando comenzaron, uno debía conformarse con breves mensajes que apenas daban una impresión de vivencia. Como pinturas rupestres, estos mensajes funcionaron para mostrar la urgencia por capitalizar el deseo de mostrarse en un punto y en un momento. Cuando las palabras no fueron suficientes y se volvieron obsoletas, la imagen llegó para reemplazar al relato. El futuro será visual, dicen los entusiastas mercadólogos y diseñadores que reniegan de la gran horma de las palabras que no logran calzar. Por desgracia, la imagen en las pantallas siempre será apenas un destello de información que fluye en el río de nuestros muros de inicio junto con las imágenes de nuestras amistades.

Tal vez la aversión moderna por las palabras y los grandes relatos sea la estrategia para desprendernos de nuestra memoria. La *Iliada* y *La Odisea* son el claro ejemplo de cómo los grandes relatos pueden superar el olvido. Nuestra nueva práctica de recordar deja de lado este aspecto de los mensajes sustituyéndolos por una imagen diluida que nos esforzamos por retocar hasta que desaparezca lo que no toleramos de nosotros. Para incomodidad de los gurús de la innovación, la lengua revela eso que queremos ocultar, pero también despierta lo que dejamos a merced del olvido en imágenes cada vez más fugaces.

Quizá lo más triste de esto es que algún día los servidores digitales que albergan nuestros recuerdos dejarán de funcionar de un momento a otro arrastrando hacia lo obsoleto las vivencias que dejamos a su merced. Dentro de poco trataré de recuperar mis archivos de la nube, sólo hace falta que recuerde la contraseña.

Es memoria

Por Yessika María Rengifo Castillo

Hilos de palabras
que jugando consagran los cantos del corazón y el tiempo
en eternos momentos
del cielo y la tierra.
Luna radiante
que entre las fases del firmamento
y las rondas de los niños
trae el perfume de las estrellas
irradiando la historia
en la casa y la escuela
cada día del sol.
Es memoria
la melancolía y la alegría de los viejos en días de invierno
y los sueños de las madres sin final
que escriben en diamantes a las estaciones del tiempo
pintando la dualidad de la vida y de la muerte
canta el ruiseñor en los rosales.

Nexos simbólicos entre sujeto y objeto

Por Alkyoni Bouchalaki

¿Qué relación pueden tener los objetos con el inconsciente del ser humano? ¿Cómo los objetos pueden co-operar en una posible evolución personal? Con “objeto”, nos referimos a cualquier cosa que tenga existencia y finalidad, que sea transportable, tangible y manejable. Un objeto se percibe a través de nuestros sentidos y pertenece al mundo exterior.

Según la gramática, un objeto es lo que recibe o experimenta una acción pero nunca la genera. Cuando el ser humano se vincula con él, acaso ¿el objeto no genera acción? Afirmativamente, la acción que genera es intrínseca. El objeto funciona como un enlace interno entre la memoria y la persona. Superando su uso elemental, da forma a los sentires. Crea un anclaje en un momento o una época que lo han determinado. Así, el objeto expandido va más allá de su utilidad ordinaria y se convierte en un símbolo.

Un símbolo no aparece solamente en representaciones religiosas ni en lugares de referencia en las ciudades. Cada ser humano con su experiencia vivencial crea los símbolos de su historia personal. De hecho, muchas personas se aferran a estos objetos y les resulta muy difícil desprenderse de ellos porque así dejarían ir una parte de sí mismos. Resisten en depositarlos y entregarlos al pasado, como los regalos de boda de mis padres que todavía están guardados en su aparador; ni se usan ni se tiran.

Ocurre incluso lo contrario: se tira un objeto y con él se deja ir algo de su carga, formando un modo de cierre, un ritual contemporáneo recomendado para todas las edades y culturas. Un símbolo no es un signo cuyo significado es fijo e interpretable por convención. Un signo está muerto, mientras que el símbolo está vivo y representa metafóricamente algo más allá de lo obvio y lo literal. Como Joseph Campbell ha mencionado “el símbolo es aquello a lo que trasciende la palabra, todo vocabulario y toda la imagen”.

De forma consciente, los objetos-símbolos han generado su valor representativo tanto por la repetición de su uso, como por ser poseídos y, a la vez, poseer un recuerdo importante de la vida. El ser humano, ya que dispone de intención, puede nombrar sus propios objetos como símbolos, creando un listado de su simbología basado en la biografía personal. A este, aparte de objetos, se pueden añadir sucesos de la vida. Para una experiencia de crisis o de gran impacto sólo si ésta se simboliza, toma sentido: obtiene un significado y se puede integrar, es decir, ser comprensible y transitorio. En especial, para trascender las experiencias dolorosas ante la pérdida de un ser querido, una ruptura o una enfermedad, es de gran ayuda si las vestimos con lo que representan. Con esta intención consciente de bautizar como simbología personal lo tangible y lo intangible del entorno, se facilita la propia transformación.

A su vez, un suceso vivencial doloroso puede otorgarse a un objeto concreto y de esta manera lo que no se podía palpar, de repente se hace “manejable”. La intención de la persona puede propulsar una interacción con el objeto de forma simbólica para dirigir y transformar la energía psíquica: como una comadrona que ayuda a salir de una crisis emocional. George Colleuil ha mencionado “al actuar sobre la materia, el hombre también actúa sobre sí mismo”. En la

actualidad, los ritmos y el consumo de estímulos hacen que el tiempo se habite diferente mientras que “la pérdida de lo simbólico y la pérdida de lo ritual se fomentan mutuamente” (Byung-Chul, 2020). De hecho, el inconsciente no distingue entre un acto simbólico y un acto literal.

Trabajar con el inconsciente, el objeto irreflexivo

¿Qué pasa si invocamos un objeto mentalmente de modo espontáneo? Aparece cierta resistencia al “no tener el control” del pensamiento, pero usando la imaginación no forzada y enfocando en el momento presente se puede probar a visualizar o pensar en cualquier objeto de uso cotidiano. El primero que venga a la mente, sin intentar juzgarlo ni cambiarlo: las llaves del coche, una olla, el sofá, un jarrón o una taza; todos los objetos valen, pero fijando el primero que aparezca de forma espontánea en la pantalla mental. ¿Para qué ha venido este en concreto y cómo lo podemos interpretar?

El objeto irreflexivo surge desde un lugar incontrolable que se origina en el inconsciente. Como indica su nombre, el inconsciente es un campo no consciente, no perceptivo y difícil de alcanzar. El inconsciente habla mediante símbolos, siendo éstos el idioma a través del cual se puede comunicar con nuestra percepción y campo consciente. Por eso un sueño, que es una creación absolutamente suya, dirige nuestra atención hacia lo simbólico y no hacia lo literal. El objeto que ha visitado la pantalla mental sin intención consciente por parte de la persona, es como soñar despierto e, igual que los sueños, mayormente transmiten un mensaje de algo que no reconocemos sobre nuestra personalidad, el momento que atravesamos o una necesidad que se ignora.

El inconsciente se manifiesta a través del mecanismo de la proyección. Psicológicamente, la proyección es un proceso autónomo por el cual vemos, en primer lugar en la persona, objeto o sucesos a nuestro alrededor algo que no reconocemos en nosotros mismos. Esas tendencias, características, potencias y deficiencias que vemos fuera realmente nos pertenecen y están enterradas en nuestra propia profundidad. Proyectar al mundo exterior lo que llevamos dentro es un acto involuntario y lo hacemos sin querer. El mismo mecanismo se emplea en la evocación mental del objeto cotidiano, siendo portador de proyecciones. Preguntas que ayudan a descifrar el mensaje escondido que el campo inconsciente desea hacer llegar a la superficie pueden ser las siguientes:

- ¿Cómo describiría este objeto a un ser extraterrestre?
- ¿Cómo y en qué momento he obtenido este objeto?
- ¿Cuál es mi relación con él?
- ¿Con qué frecuencia lo uso?
- ¿Qué me gusta y qué no me gusta de este objeto?
- ¿Cuáles son los beneficios que obtengo y cuáles son las deficiencias que pueden ocurrir?

La definición etimológica en griego del objeto (αντικείμενο, anti-kímeno) proviene del anti-keimai, es decir, algo que se sitúa enfrente del sujeto, se puede observar, contemplar, usar y experimentar. Con esta distancia, distinguiendo y analizando sus aspectos, ocurre a su vez otra acción intrínseca: el observarse. Poniéndose una persona a distancia consigo misma, se exploran posibles identificaciones con el objeto irreflexivo, teniendo como guía la descripción de su forma, función, uso y materialidad. Es un proceso que apoya la recuperación de la percepción simbólica y la iniciación de un proceso auto-explorativo.

Hoy la percepción simbólica desaparece cada vez más a favor de la percepción serial, esta última la nos hace pasar de un estímulo a otro sin ser capaces de experimentar la duración. La percepción serial es extensiva, mientras que la simbólica es intensiva. “El mundo sufre hoy una fuerte carestía de lo simbólico. Los datos e informaciones carecen de toda fuerza simbólica, y por eso no permiten ningún reconocimiento” (Byung-Chul, 2020). El psicoanalista suizo Carl Jung mencionó que “el hombre necesita una vida simbólica [...] Sólo una vida simbólica puede expresar su necesidad diaria del alma.” Recurriendo al objeto mental que representa algo del momento presente de la persona, éste ayuda a la apertura hacia rincones desconocidos del ser y hacia el reconocimiento profundo propio.

Existen objetos que contienen memoria y otros que son memoria. A través de ellos no hay diferencia entre el contenedor y el contenido, entre el sujeto y objeto, entre el observador y el observado. Memorizan lo imperceptible y recuerdan dirigir la mirada hacia dentro. Los objetos que son memoria están en el lugar donde el afuera y el adentro, lo externo y lo interno, lo ajeno y lo propio, se fusionan.

Referencias

- Byung-Chul H. (2020). La desaparición de los rituales. Herder.

1964

Por Andrea Gómez



No le quiero contar, mi amor. No me parece. Primero porque tiene 13 años. Yo amo a mis hijos, los adoro. Ella es una buena chica, hace caso, no se desespera para salir. Pero es niña. No entiende, pues. Se va a sentar, va a luchar con ella misma para no mirar la pantalla del celular delante de mí y después ni se va a acordar. Yo también pienso lo mismo, yo sé que es importante. Por eso, porque es tan grave, esperemos un poquito, amor. Ya madurará y rápido. Es la mayor. No le queda de otra.

Luego, quien les debería decir es mi mamá. Yo ya nací aquí en la ciudad, ella todavía vivió e hizo toda su secundaria en Islandia. Sí, qué bromista. Islandia del Yavari. Para mi mami era una gran cosa salir de su comunidad. Fue la primera vez que vio blancos y que oyó el inglés. Justamente, es única su vida, entonces ¿por qué me adelantaría cuando ella misma es capaz de relatarlo y tan detallado, tan bonito?

Ah, sí. Ufff... Yo sé que mi madre es una persona muy especial. Aunque quisiera no vivimos con ella. Es mi madre. No te pido que la soportes o que la entiendas. Yo no me fui de su casa hasta que te conocí, recuerdo perfectamente sus gritos de histérica, sus constantes lamentos por no vivir en "familia" y porque su propia sangre la ha abandonado, blablablá... Claro que sé que los niños la odian. Luisito le tiró sus arvejas, sí, y le cayó su tunda por eso, también. Pero, amor, después de ello nunca regresó mi mamá a la casa. Sólo por esto yo la haría venir.

Esa es otra razón. Yo solamente hablo español. No entiendo ciertas expresiones. La hierba no es hierba ¿sabes? Son distintos tipos. El barro es un conjunto de texturas, de colores, de espesura. Yo no conozco nada de eso. ¿Cómo explicarle la realidad de la fuga de la abuela, los caminos que tuvo que lampear con machete? ¿Cómo le describo el lugar donde antes se asentaron mis ancestros si no estuve ahí? Ni siquiera me acuerdo de cómo se vestía la abuela. A mí me perforaron las orejas en el hospital

Fragilidad y olvido, notas sobre la preservación de la memoria

Por Armando Vera Pizaña

En algunas comunidades originarias se acostumbraba incinerar las pertenencias del difunto, los objetos que usaban cotidianamente, las prendas que vestían y, en ciertos casos, los espacios en los que moraban en vida. Entre los Wari' del amazonas brasileño esta práctica de eliminación de las pertenencias era complementaria a un acto de canibalismo mortuorio, sujeto a varias interdicciones consanguíneas: cortaban el cuerpo en pedazos, sus órganos internos eran envueltos, la carne cocinada y luego los restos eran consumidos por parientes extendidos y otros miembros de la comunidad (Conklin, 2001).

Se trataba de un acto de compasión y convicción; en esencia, una obligación moral que debía llevarse a cabo tan pronto fuera posible, a pesar del asco que provocaba en los participantes, pues estaba motivado, en última instancia, en la creencia de que dejar algún resto del difunto implicaría dejar en libertad una serie de fuerzas y poderes amenazantes deambulando sin control.

Fuertemente arraigado en la creencia de que cualquier resto del difunto implicaría su retorno aungustante, tanto para los miembros de la comunidad como para el mismo muerto, todo rastro era aniquilado por completo. Para una mirada moldeada en la perspectiva occidental, este acto ritual puede parecer extraño e incluso problemático —más allá de los medios empleados para ello—, debido a esas aparentes ansias por olvidarse del difunto, hacerlo desaparecer por completo y a la brevedad. A diferencia de aquellas comunidades donde prima un sentido de colectividad por el que suele obviarse la idea del individuo (o este aparece parcialmente despersonalizado de sí mismo), las sociedades contemporáneas priman por la individualidad y por preservarla incluso más allá del deceso, tanto el propio como el de los otros.

Los muertos dejan tras de sí una serie de objetos diversos: prendas, artefactos, fotografías, registros sonoros, documentos de todo tipo, propiedades; por su parte los vivos resguardaran para sí parte de estos materiales debido al valor emocional con el que los han imantado. Los objetos preservan la memoria del muerto, le dan vida, ayudan a evocarlo, patentan su existencia como seres individuales que llegaron a existir. Así, por ejemplo, el uso tardío de la fotografía postmortem en estos tiempos, en lugar de presentarse como una práctica rodeada de morbo, constituye un soporte para el proceso del duelo: si bien se trata de un recordatorio doloroso del difunto, también patentan la defunción, perseverancia de la realidad de la muerte y la pérdida del otro; a pesar del poder del vínculo, perdura la desaparición física.

Estas fotos —como otros objetos afectivamente valiosos— no dejan de evocar la figura del otro, afianzan su memoria y el retorno a su figura, al decir de Morcate (2013, p. 35): “el valor de reliquia que obtiene este documento no reside necesariamente en ser observado sino en ser atesorado. Adquiere un valor emocional”.

En gran medida ese carácter de reliquia está dado por el acontecimiento que supone su existencia como objeto atesorable, “elisión en el tiempo” como advierte Baudrillard al comparar los objetos antiguos con los objetos funcionales diseñados en la década de 1960: “El objeto funcional es eficaz, el objeto mitológico es consumado. Ese acontecimiento consumado al cual significa es el nacimiento [...] El objeto antiguo se nos da como mito de origen” (1969, p. 86). Mientras los objetos convencionales que adornan el interior de los hogares se encuentran dotados de un carácter práctico, éste suele agotarse en su misma practicidad, “aseguran, dice el autor, más o menos bien el entorno en el espacio, no aseguran el entorno en el tiempo” (Baudrillard, 1969, p. 86).

El objeto con valor de reliquia remite y evoca ese momento en la historia grupal o en la biografía personal, sustenta un hecho y permite la posibilidad de retornar a él; en este sentido, documentos, registros, fotografías, muebles, juguetes, cuadros, regalos pueden resguardar en sí mismos un carácter temporal cuyo significado no deja, sin embargo, de ser volátil.

Si bien atesorables, habría que cuestionarse sobre su fragilidad no sólo en un sentido material, sino también, y sobretodo, en la forma en que evocan los recuerdos o, mejor dicho, en la forma en que nosotros mismos retornamos a ellos. Ya en *La poética de la ensoñación* Bachelard advertía:

[...] el pasado no es estable, no vuelve a la memoria ni con los mismos rasgos ni con la misma luz. No bien captamos el pasado dentro de una red de valores humanos, en los valores de intimidad de un ser que no olvida, aparece con el doble poder del espíritu que recuerda y del alma que se alimenta de su fidelidad. Alma y espíritu no tienen la misma memoria (1982, p. 158).

Con referencia a la memoria, el fenomenólogo señala la capacidad de la poética para hacer revivir el pasado, recrearlo. No hay, pues, en este proceso de ensoñación una memoria única; la percepción de un mismo acontecimiento no se ve determinada por siempre, en cambio “imaginación y memoria rivalizan para darnos las imágenes que tienen de nuestra vida” (Bachelard, 1982, p. 159).

Los objetos que resguardan la memoria pueden resultar dañados, cambiar y desgastarse, pueden perderse por años y luego retornar a las manos de sus propietarios y no por ello dejan de ser portadores de recuerdos e historias. En este sentido, no dejan de estar vinculados a ellos. Sin embargo, la fragilidad radica en torno a la forma en que el sujeto se relaciona con el objeto, cómo cambia su perspectiva afectiva en torno a él si los recuerdos que evoca cambian de sentido debido a una metamorfosis sufrida por el sujeto, y es posible que estos mismos objetos sufran una metamorfosis en su simbolismo: los recuerdos portados y almacenados por el objeto pueden verse modificados por las movilizaciones afectivas del sujeto.

En cuanto a la memoria colectiva, en primera instancia podría parecer más estática por estar sujeta a una serie de procesos de transmisión grupal y de reproducción constante de los intercambios sociales que permiten que imágenes, representaciones, ideas, conceptos y recuerdos se resguarden el tiempo, sin embargo, ésta se encuentra

supeditada a una serie de tensiones sociales interiores o exteriores al colectivo que la sostiene, a cambios sociales que la modifican o erradican parte de ella. En la década de 1960 el gobierno de Brasil, apoyado por un grupo de misioneros evangelistas, entró al territorio de los Wari' con el fin de convertirlos al cristianismo. Consecuencia de este contacto fue la transmisión de una serie de enfermedades entre la población originaria: la malaria, la influenza y el sarampión devastaron a la población local, al punto de que tres de cada cinco perecieron. Para sobrevivir y obtener alimentos y medicamentos por parte del gobierno brasileño, los Wari' se vieron obligados a abandonar sus prácticas funerarias muy a pesar de sus propias creencias y expectativas respecto a la muerte (Conklin, 2001). La pérdida del rito colectivo supone un cortocircuito simbólico, una carencia en los modos de accionar, de asumir y de entender el mundo.

Si bien imateriales, este tipo de pérdidas patrimoniales se presentan como un problema cada vez mayor en la actualidad. El trabajo de documentación de estos rituales, de las prácticas culturales y del propio lenguaje de una sociedad permite la preservación de la memoria de comunidades como las de los Wari', es decir, a través de la materialización de la cultura por medio de objetos diversos como registros sonoros, medios audiovisuales, archivos fotográficos, entre muchos otros.

Sin embargo, esta labor sería infructífera si por un lado, como ocurrió en el Amazonas, instituciones y gobiernos activamente buscan suprimir esas prácticas y si, por otra parte, no hay una implicación de las poblaciones indígenas en este proceso de resguardo de la memoria colectiva, tal como advierten Rodríguez Reséndiz, Ríos Ortega, Augusto Ramírez y Marchand (2016) al respecto de la importancia de la digitalización de la herencia sonora y audiovisual de los pueblos como el de los raramuris en México.

Referencias

- Bachelard, G. (1982). *La poética de la ensoñación*. Fondo de Cultura Económica.
- Baudrillard, J. (1969). *El sistema de los objetos*. Siglo XX.
- Conklin, B. A. (2001). *Consuming Grief. Compassionate Cannibalism in an Amazonian Society*. University of Texas Press.
- Morcate, M. (2013). "Duelo y fotografía post-mortem. Contradicciones de una práctica vigente en el siglo XXI". En Ander Gondra Aguirre y Gorka López de Munain, *Imagen y muerte*. Barcelona: Sans Soleil, pp. 25- 45.
- Rodríguez Reséndiz, P., Ríos Ortega J., Augusto Ramírez C. y Marchand S. (2016). *Born digital records of mexican indigenous people: A proposal to preserve sound and audiovisual documents of Raramuri's culture*.

La perpetuidad de las palabras

Por Mr. Saddy

Desde que tengo uso de razón, sé que las palabras son el cuerpo de nuestras ideas, la voz del pensamiento, parte de la materialización más directa del lenguaje. Las palabras como “memoria, recuerdo u olvido” no serían lo que son si no se pronunciaran o escribieran. Así como en general ocurre con todas. En este caso, estas tres palabras, por ejemplo, son parte de una tesis o antítesis para sugerir que los objetos, cosas y, en todo caso, personas, son contenedores de la memoria. Asimismo, las palabras que pronuncian son el canal que tiende ese puente entre eso, ello o ahí y la proyección que nos da de él, siendo la memoria el almacén que desarchiva un pensamiento sobre el mismo. A eso, en términos psicólogos y llanos se le llama condicionamiento, mas no voy a tocar un tema delicado que podría llevar por otra índole esta reflexión.

Las palabras son el mejor obsequio que alguien nos puede dar u ofrecer. Ya sea para bien o para mal, enseñan, nos experiancian. Dejan una sonrisa que nos puede durar de por vida o una marca, una huella, una herida que nos acompañará hasta el momento de nuestra muerte. Las palabras duran más que la existencia de uno mismo. Son perpetuas, por decirlo así. Que en comparación con las flores que, por ejemplo, se regalan y a los pocos días se marchitan y pudren, volviéndose basura, naturaleza muerta, parte de una vida que fue despojada de sí para complacer a otra, no tienen más que un valor efímero y sin sustancia cuando no hay palabras.

Las palabras transforman o, en su defecto, nos pueden cambiar la visión totalmente. Son progenitoras de amor y revestidoras del alma. Si algo puedo decir de las palabras, las que lees en este momento, es que son yo. Significan lo que siento por ti, lo que ya sabes y he intentado demostrarte incansablemente, interminablemente, indescriptiblemente: amor.

Son el discurso hegemónico de mi ser en sociedad. Son el par de años que sigue vigente y seguirá a pesar de que ya no quieras mantenerme a tu lado. Estas palabras que evocan mi nombre te harán recordarme totalmente, y si ya no estoy en tu vida, serán el peso mismo del recuerdo que te durará por siempre. Pero si aún sigo estando contigo, serán la promesa de que los “para siempre” existen y aunque los dos tengamos que morir en algún momento, estarán presentes indefinidamente.

Y sí, por supuesto que las palabras marcan la diferencia entre las personas. Están quienes las crean y quienes sólo las utilizan siendo de alguien más, ya sea de buena manera o huecas. Están quienes las ocupan para adornar una idea o quienes idean experiencias cumbres con ellas. Las palabras y su uso marcan la diferencia entre las personas.

